

La memoria y el olvido: dos caras de una misma moneda

Rodrigo Giraldo Quintero²³

1. Introducción

La memoria se reivindica de vez en vez, casi que con una indeleble pero constante fatalidad. El recordar parece –por lo menos en sentido social–, ser el elogio del pasado²⁴, es decir, siempre que esa retrospectiva sea delirante y llena de múltiples expectativas en los imaginarios sociales; surge como una perentoriedad y a veces como ineludible en un contexto social, político, económico, etc.

En este sentido, se suelen utilizar herramientas del recuerdo como las siguientes: las grandes gestas, los épicos personajes, los hitos fundacionales²⁵, la

23 Abogado Universidad de Manizales, Especialista en Derecho Constitucional Universidad Externado de Colombia, Magíster en _Derecho Universidad de Manizales, Doctorando en Derecho UBA, Candidato a Doctor en Formación en Diversidad. Docente Investigador de la Facultad de Ciencias Jurídicas (Escuela de Derecho) de la Universidad de Manizales y miembro co-investigador del proyecto suscrito a la Universidad de Manizales, titulado: “Los dispositivos y prácticas de la memoria de los grupos hegemónicos y de las víctimas del conflicto armado en el departamento de Caldas-Colombia”. El presente trabajo se aporta a los Grupos de Investigación: “Conocimiento en Diversidad en América Latina (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas) CECCAL” y al grupo “Derechos Humanos Y Conflicto” perteneciente a la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Manizales.
E-mail: rgiraldoq@umanizales.edu.co

24 Rieff sostiene acerca del pasado lo siguiente: “Podemos estar casi seguros de que Halbwachs habría considerado poco original y una obviedad la aseveración tardomoderna de que todo es un constructo social, desde nuestra sexualidad hasta nuestra interpretación de las tradiciones históricas. Se interesó mucho más en la reconstrucción que en la deconstrucción de la manera en que las sociedades “recuerdan”. Más concretamente, en palabras del sociólogo estadounidense Lewis Coser, Halbwachs entendía la memoria colectiva como “una reconstrucción del pasado a la luz del presente”. La teoría del Halbwachs sobre la formación de la memoria colectiva debe mucho a las investigaciones del neurólogo británico Henry Head, el cual estudió a los veteranos de la Primera Guerra Mundial que habían sufrido heridas en la cabeza. Una persona con afasia “carece menos de los recuerdos mismos que del marco donde situarlos”, escribe Halbwachs. Es evidente que no hay nada fisiológico que se denomine memoria colectiva, pero lo que Halbwachs comprendió es que a pesar de ello se trata de una realidad sociológica en la cual, por citar la glosa del historiador Horst Moller al argumento de Halbwachs, “la conciencia colectiva aplicada a la memoria resulta en memoria colectiva”, recuerdos que, a su vez, “moldean los grupos sociales, las generaciones y las naciones, y constituyen una identidad””. (Rieff, 2016, p. 38).

25 Sobre esto Torres dice: “Desde cuando la historia se constituyó como disciplina de conocimiento en el siglo XVIII, podemos reconocer tres grandes enfoques historiográficos que también podemos asumir como “modelos históricos”, en cada uno de los cuales los diferentes sentidos de la historia se articulan de modo singular. Estas son: la historia tradicional (predominó en el siglo XIX), la Nueva Historia o historiografía científica (predominó en el siglo XX), y la historia popular o historia desde abajo (a contracorriente desde el siglo XIX hasta hoy)”. (Torres, 2014, p. 14). Y más adelante agrega: “La Nueva Historia emerge como reacción a la historia tradicional y se consolida desde la tercera década del siglo XX, en torno a la escuela de los Annales en Francia, la influencia del marxismo y el estructuralismo, y el diálogo con las Ciencias Sociales. Para este modelo, la historia-materia es la dinámica de las so-

historia antigua y la reciente. No obstante, también emerge la tragedia como un asunto de perentorio recuerdo, la Shoá por ejemplo es sempiterna en los estagiritas del recuerdo. La memoria se deconstruye pero también se exalta; y ésta, en armonía con la historia, permea desde las esferas más utilitarias llegando a las reivindicaciones de orden altruista en el conglomerado social. Esos usos y costumbres que la constituyen, los podemos denominar historia. Así las cosas, el recuerdo se vigoriza permanentemente, el temor de la amnesia se exalta hasta el paroxismo, el olvidar se percibe como algo inadecuado y peligroso, ya que el presente y el futuro tienen que ver con el permanente recuerdo, es así como se genera a nivel social, muchas veces con tintes patrióticos y chauvinistas, el concepto de memoria, su necesidad y su fuerza para poder continuar adelante, para no volver a los peores mundos del pasado.

Mediante esta efectiva estrategia se construye entonces la historia y ella se replica ad infinitum aun y cuando los acontecimientos entre más vetustos, indefectiblemente tenderán a ser olvidados. La historia en sentido lato la podríamos entender en los siguientes términos:

{...} también coexisten tres significados diferentes pero relacionados entre sí. Uno, el de historia como *conocimiento histórico*, en particular, como la disciplina científica que practican los historiadores por ejemplo, cuando decimos que “sin fuentes no se puede hacer historia”. Dos, el de historia, como los resultados acumulados del conocimiento histórico o conjunto de estudios y publicaciones sobre un período o campo determinados, como cuando decimos: “La historia de la vida cotidiana está por hacerse en Colombia”. Este segundo significado de la historia-conocimiento también se conoce como “historiografía”, entendida además como el estudio sobre el conjunto de investigaciones sobre un tema o período histórico. (Torres, 2014, p.13).

Y más adelante se agrega:

En primer lugar, la llamada “historia tradicional” o “vieja historia”, la historia-materia, se reduce al mundo de los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares que son protagonizados por grandes personalidades de las élites (próceres, héroes, caudillos, gobernantes). Para este modelo, el trabajo del historiador consiste en la narración fidedigna de tales acontecimientos a partir de la consul-

ciudades humanas, en particular los hechos estructurales y masivos que expresan las regularidades y permanencias de las estructuras sociales y económicas. Entiende el conocimiento histórico como la reconstrucción y explicación científica de tales hechos, empleando un amplio abanico de fuentes (estadísticas, prensa, objetos). Su afán por legitimarse como ciencia social ha hecho que se privilegie el uso de referentes teóricos y metodologías sistemáticas; a la vez, ha heredado la pretensión objetivista y la supuesta neutralidad política de la investigación histórica”. (Torres, 2014, pp. 15-16).

ta de los documentos escritos conservados en los archivos. (Torres, 2014, pp. 14-15).

Actualmente en materia histórica, inclusive, las grandes publicidades recuerdan lo trivial, las cosas banales, desde la ropa de un gladiador hasta el plato en el que comía un hilarante cantante o actor setentero del siglo pasado.

El capitalismo²⁶ en su inmensa superficialidad se ha convertido en un exultante de asuntos inicuos, cuya importancia es discutible, cuya extravagancia genera interés morboso en el mundo de la totalidad económica o neoliberal, es decir, aquel que pretende explicarlo todo desde el contexto del mercado. Por ejemplo en Colombia, el conflicto armado como un recurrente histórico, se ha pretendido ver bajo ese enfoque mercantilizado, donde por un lado emerge la necesidad de “construcción de memoria” y por el otro, dicho concepto termina siendo exultante de las publicidades políticas de turno que buscan reconstrucciones que permitan servirles a su vez como estrategias de gobierno que dan la impresión de un compromiso permanente con la historia y a su vez con las víctimas. Así como lo expresa Crocco (2017) “[...] Los debates en torno a la memoria se reconfiguran dependiendo de la coyuntura política y social.” (p. 248).

En tal sentido, la historia colombiana, marcada por un conflicto armado sempiterno, mismo que es para el país suramericano, origen y punto de partida de toda memoria, no obstante, nunca como necesidad de olvido. Moncayo dice al respecto que:

Una de ellas (tesis sobre el origen del conflicto armado) considera que el conflicto armado, así como todas las manifestaciones de insurgencia o resistencia, tienen como referente explicativo el orden social vigente que, sin duda, responde a las características esenciales del sistema capitalista, cuya existencia es reconocida en nuestra contemporaneidad como socialmente existente, con independencia de su valoración positiva o negativa, o de los entendimientos múltiples que hoy se presentan sobre sus transformaciones y efectos. (Moncayo, 2015, p. 111).

Ahora bien, mientras que lo insulso o terrible se constituye en glorioso, existe “otra memoria” allende a la banal que le interesa al capitalismo publicitario, o la del constante horror que se constituye en el elogio del conflicto, es decir, una memoria que paradójicamente como si la pudiésemos clasificar, como si de una tipología se tratara, es la memoria elitizada, más no la del pue-

26 Al respecto Gonnet y Abril señalan lo siguiente: “[...] esta voluntad de acumulación ilimitada, que es propia del sistema capitalista, frecuentemente se encuentra sometida a procesos críticos en tanto que genera desigualdades e insatisfacciones en amplios segmentos de la población. (Gonnet & Abril, 2018. P. 6.)

blo –denominada por algunos como “memoria colectiva²⁷”-. Dicha memoria, como colectiva, se entiende como la de la “gente de a pie”, como se suele llamar a quien no es un arquetipo sino más bien un outsider, es decir, esa memoria que no es publicitaria, que no se reivindica en los *mass media*, esa memoria de todos, aquella de la cual hace eco el campesino, el obrero, la víctima, etc., sobre todo en un país esnobista como Colombia. “se produce un boom de la memoria que se alimenta del marketing masivo de la nostalgia, de la creciente construcción de museos, de diversos emprendimientos para proteger el patrimonio y el acervo cultural como la escritura de memorias, el aumento de los documentales históricos y los canales televisivos dedicados enteramente a la historia” (González & Pagés, 2014, p. 278) Dicha memoria, se constituye en “necesaria” y los sectores más progresistas, han pretendido no sólo reivindicar a los “héroes” sino también al actor cotidiano y al protagonista de lo común, entendemos esta labor como encomiable y necesaria²⁸, sin embargo, esta “tendencia” de recordar al sujeto popular que tiene un potencial de crear historia, tampoco se analiza desde la mirada del olvido sino en exclusiva desde la perspectiva del recuerdo. Al respecto Torres menciona que:

Como si no fuera suficiente, la palabra “historia” también se suele utilizar para referirse al conjunto de saberes, representaciones y visiones del pasado que tiene la gente común y corriente; es decir, la memoria colectiva. Ese sentido de la palabra “historia” es el que aparece en afirmaciones como: “La historia me absolverá”, autodefensa de Fidel Castro luego del frustrado asalto al Cuartel Moncada, ya que, pese a que su acción fue castigada por las élites en el poder, a la larga quedaría en la memoria popular como positiva. (Torres, 2014, p. 13).

Y más adelante agrega:

A través de la historia, la tecnología ha venido mejorando”. Cuando se le pone un adjetivo, se delimita su alcance, como en las siguientes expresiones: “historia latinoamericana”, “historia colonial” e “historia política”. En todo caso, este reconocimiento de la existencia

27 Respecto a la memoria colectiva, Rieff sostiene que: “¿Cómo funciona la memoria colectiva? Para comprenderla, es muy útil el modelo de la “comunidad imaginaria”, creada por el politólogo Benedict Anderson. Las distinciones que es preciso establecer entre cómo operan la historia y la memoria y los diferentes fines a los que sirven son en sí mismas insuficientes. Lo que deja en claro el estudio sobre la ingeniería de las tradiciones y el modelo de nación como comunidad imaginaria es hasta qué punto la rememoración histórica colectiva se sitúa entre la historia y la memoria, en un sentido que las instrumentaliza a ambas sin respetar mucho a ninguna” (Rieff, 2016, p. 52).

28 “Para hablar de memoria colectiva o de conciencia histórica con sentido es adecuado partir del fenómeno de historización, que en este caso no hace referencia exclusiva a la forma en la que se concibe y escribe la Historia desde los marcos académicos, sino también al proceso producido en contextos no disciplinares y, hasta cierto punto, cotidianos, donde el paso del tiempo adquiere significados propios mediante procesos orientadores de la experiencia.” (Revilla y Sánchez, 2018. p. 113-125)

de una realidad histórica, independientemente de que sea o no objeto de investigación por parte de los historiadores, es denominado como historia-materia. (Torres, 2014, p. 12).

La historia entonces como el proceso indefectible de construcción de memoria y memorias, tanto desde la percepción subjetiva como colectiva, no atiende al olvido, éste se deja al proceso íntimo y psicológico de cada persona, lo cual puede ser entendible si asimilamos que el olvido no genera ningún rédito desde la perspectiva política o publicitaria, si entendemos que no llena auditorios ni que exalta los egos. En palabras de Bustos: “El testimonio lleva la impronta de un tipo de relato estructurado en primera persona, que daba cuenta de una experiencia apremiante, vivida en carne propia o en proximidad. La enunciación del testimonio ha brindado voz pública a quien carece de ella, sea por razones de exclusión política o debido a la marginación del ámbito alfabetizado”. (Bustos, 2010, p. 11). No obstante, el testimonio actualmente no se constituye en “vital recuerdo” sino en material de venta para enajenación y comercio, ora económico, ora simbólico político.

El olvido es entonces una necesidad. Siempre será mejor para una víctima –por ejemplo, olvidar, porque es un proceso absolutamente intrínseco que solo beneficia al sujeto y no a aquel que desea lucrarse o exaltarse a partir de la egolatría que entraña el recuerdo, sin atender a las consecuencias del mismo. El recordar –dicen-, es un acto necesario, no obstante, también es perjudicial, porque concentra venganzas y no permite cerrar heridas.

2. Insumos metodológicos

El presente capítulo partió de un diseño cualitativo de investigación que realizó algunas entrevistas no estructuradas, abiertas, emocionalmente fuertes y biográficamente interesantes a víctimas del conflicto armado. No obstante, la reflexión de estas páginas no parte de esas historias de vida en estricto sentido –trabajo que se podría realizar a futuro-, sino más bien de una reconstrucción comprensivo-hermenéutica a partir de las reflexiones hechas por el escritor norteamericano David Rieff (2016) alrededor de la denominada “memoria histórica”, particularmente de su insistencia por reflejar el olvido como una posibilidad en el espectro de reflexión por el pasado. En tal sentido, el presente capítulo busca ser deconstructivo de un concepto como el de memoria, sin desconocer su importancia colectiva, pero sí, reseñando sus riesgos y enfatizando la importancia de hacer descripciones conceptualmente rigurosas allende a conceptos oficiales, gubernamentales y, por ende, publicitarios.

Para la consecución de este trabajo, se tiene en cuenta el relato de las víctimas sin ser citadas textualmente, respetando su derecho a la intimidad y los respectivos consentimientos informados como presupuestos éticos de la inves-

tigación. En virtud a ello, se hace análisis de discurso tanto de audio como vía resúmenes analíticos de los autores contextualizados en el desarrollo de estas páginas.

3. La memoria y el olvido: Dos caras de una misma moneda

Es plausible entonces que ese sujeto, el “de a pie”, se constituya en un desmemoriado o su memoria subjetiva e íntima se construya como un apéndice de la memoria publicitaria. Se habla pues de ese sujeto a quien el *establishment* lo erigió en nadie, en ninguno, en cualquiera.

Teniendo en cuenta lo anterior, si bien se busca reivindicar la memoria de estos que claman justicia “desde abajo”, en los márgenes; también es cierto que el ejercicio de servir de “retrovisor de la historia”, cuando ese pasado es triste y doloroso, no solamente corresponde al ejercicio gubernamental, cognitivo, filosófico o histórico en stricto sensu; es decir, no sólo se trata del ejercicio de “hacer memoria”, pues es claro entender que también es necesario y debe existir la posibilidad de reivindicar y ejercer- aunque en sentido meta-teórico-, diríamos, ontológico, un derecho al olvido. Torres manifiesta que:

Finalmente, la historia “desde abajo”, cuya emergencia ha tenido lugar en diferentes momentos y escenarios políticos, que si bien es cierto no constituye una unidad homogénea, sí comparte algunas posiciones con respecto a las dimensiones históricas que estamos tratando. Así, la historia-materia es vista en sentido amplio como el devenir de las sociedades en su conjunto; centra la atención en las relaciones conflictivas que las atraviesan, en particular aquellas que evidencian asimetrías y formas de opresión (colonial, de clase, de género, raza, generacional), y en las diferentes dinámicas y estrategias de resistencia, acción colectiva y generación de alternativas a tales relaciones de opresión. (Torres, 2014, pp. 16-17).

En tal sentido, es dable hablar de una historia popular o desde abajo, sobre el particular agrega Torres lo siguiente:

En consecuencia, desde la historia popular, el pasado no está solo para ser relatado o explicado; también para ser cuestionado en función de las opciones de transformación social, agenciado por las actuales luchas políticas, sociales y culturales; por ello, en su conocimiento, parte de reconocer las preguntas que se hacen los actores subalternos en el presente; y los involucra en su reconstrucción a partir de un uso amplio de fuentes, en particular las provenientes de los sectores subalternos de la sociedad (tradicción y fuentes orales,

visuales y materiales, prácticas culturales, archivos de sus organizaciones y movimientos). (Torres, 2014, p. 17).

En consecuencia, esa historia desde abajo, emergente, suburbial, etc., no tiene consideraciones ni atención al olvido, por tanto, podríamos preguntarnos, ¿cómo hacer historia y memoria sin atender a esa necesidad existencial y profundamente humana que radica en el olvidar? ¿Podemos entender entonces un derecho al olvido (aunque innominado) allende a la famosa y muchas veces extravagante memoria?

Así pues, el derecho al olvido²⁹ es la posibilidad de no erigir ídolos ni fechas conmemorativas, es dejarle a las víctimas la posibilidad de vivir tranquilas sin la permanente revictimización del tener que recordar. Santayana decía que: *quien no conoce su historia está condenado a repetirla*, sin embargo, una sociedad que no recuerda debe seguir adelante, no puede vivir del recuerdo de forma sempiterna, sino que más bien tenderá a construir su presente y su futuro, sobre todo cuando la historia es dolorosa, fatal, cuando se construye a partir del esnobismo, el personalismo y los líderes carismáticos, es pues una memoria que no incorpora a la gente común, que en últimas es la que hace la historia. Rieff sostiene lo siguiente:

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando el pasado, incluido el más reciente, es ininteligible? Por ofrecer otro ejemplo de la historia de la pintura, a Picasso le interesaba Velásquez, fallecido doscientos veinte años antes del nacimiento del primero. En cambio, a comienzos del siglo XXI es poco probable que a los pintores jóvenes les interesen sus predecesores del medio siglo anterior, y mucho menos de los de varios siglos atrás. Y una vez que se ha consolidado la desvinculación fundamental de los procesos por los cuales el pasado de una tradición artística, política o ética se transmite de una generación a la siguiente, es difícil conjeturar cómo se puede revertir o reparar eficazmente. Es cierto que lo anterior no es una cuestión de olvido en el sentido exacto de la palabra: no se puede olvidar lo que nunca se ha sabido. Como el filósofo y sociólogo Theodor Adorno escribe en *Minima Moralia* “Como la memoria caprichosa y el completo olvido siempre han ido juntos, la disposición planificada sobre la fama y el recuerdo conduce irremisiblemente a la nada (Rieff, 2016, p. 36).

La entropía entonces que emerge en materia histórica está dada por una necesidad de hacer historia del todo, y así como en la versión de Santayana se

29 En lo pertinente al olvido, ya Marx y Nietzsche había sostenido que: “Marx lo pensaba cuando escribió: “La revolución social del siglo XIX no puede extraer su poesía del pasado, sino solamente del provenir. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido”. Y Nietzsche también, aunque no tan sistemáticamente, incluso cuando elogiaba “el arte y poder de olvidar y de encerrarse en un horizonte delimitado””. (Rieff, 2016, pp. 76-77).

constituye en perentoria e ineludible, desde una mirada menos optimista, podríamos afirmar que puede ser inocua, vacía y conducir a la nada ¿el recuerdo y la historia acaso no se reconstruyen en terceras y cuartas fuentes? ¿Muchas veces no está la historia deconstruida a partir de la manipulación de las versiones de unos cuantos?

La memoria histórica finalmente se difumina año tras año, por ejemplo, un referente mundial en materia de reivindicación histórica es “el holocausto judío” que día a día, va tejiendo su necesario olvido, parece inclusive, muchas veces que ha servido realmente poco, pues las víctimas del mismo en la actualidad se comportan tan inhumanamente con el pueblo palestino como lo hicieron en su momento los nazis con ellos, ¿para qué entonces la vanidad de la memoria, si la misma no sirve de referente o ejemplo para no repetir las mismas iniquidades y deshumanizaciones?

4. Necesidades de olvido

El olvido es un componente imprescindible en la construcción de un Estado, de una sociedad, nadie puede vivir a perpetuidad traumáticamente del pasado doloroso. En tal sentido, por ejemplo, Alemania o Japón después de la segunda guerra mundial dieron una lección al mundo, saliendo de las cenizas dejadas por la guerra, para construir una sociedad a futuro. Las reivindicaciones de *verdad, justicia y reparación* son vitales. En consecuencia, para devolver algo de dignidad a las víctimas de los conflictos armados, (particularmente el caso colombiano), es necesario permitir de manera reivindicatoria y reparadora a aquellos que sufrieron el conflicto en carne propia, que “*pasen la página*”, toda vez que, para poder cicatrizar las heridas de cuerpo y alma, se requiere olvido.

El escritor estadounidense Rieff manifiesta sobre el particular que:

Aunque mi propuesta pueda parecer contraria a la intuición, y por mucho que honre la seriedad moral de pensadores como Ricoeur, Margalit, Todorov, Yerushalmi y Vidal-Naquet, que han propuesto diversas pero no enteramente congruentes versiones de dicha postura, me pregunto: ¿y si estuvieran equivocados? ¿Y si, a largo plazo, el olvido fuera inevitable, mientras que incluso en un plazo relativamente breve el recuerdo de un caso de mal radical, hasta la Shoá misma y sin excluirla, no lograra ni siquiera proteger a la sociedad de sus futuras recurrencias? (Rieff, 2016, p. 76).

El olvido es entonces la posibilidad de continuar adelante y si es del caso para esto sacrificar la memoria, pues bienvenido sea dicho sacrificio. La memoria se ha erigido como un bien absoluto e indiscutible, casi que se trata de un aspecto inescindible en la evolución de los pueblos. No se trata pues de

sacrificar la memoria per sé, pero sí es necesario revisar su papel para la evolución psicológica y humana de las víctimas. Debido a que, si, por el contrario, se constituye más bien en un asunto simple y llanamente de carácter propagandístico, estamos desconociendo lo principal, es decir, a las personas afectadas en rememoraciones sentidas.

Ahora bien, ¿Cómo entender la memoria en contextos tan difíciles como Ruanda, Sudán del Sur, los Balcanes o Colombia? ¿No será mejor olvidar? Es necesario alrededor de esta idea, no generar abstracciones universales, es decir, la memoria pudo haber sido útil en Chile o Argentina, cuando sus sociedades manifestaron *el nunca más*, como una garantía de no repetición, pero eso no tiene que ser igual para todas las sociedades, *el nunca más* en un país como Colombia es imposible de predecir. Por ejemplo, ya se desmovilizaron varias guerrillas³⁰, siendo la de las FARC la última. No obstante en Colombia, persisten los problemas de las violencias³¹ en forma de BACRIM o con el ELN. Ahora bien, en un país tan polarizado y tan partero de violencias de todo tipo, ¿no será más plausible el olvido que el recuerdo? En este sentido se entiende que:

¿Y si la memoria colectiva nacional, que el propio Margalit reconoce que ha sido definida como una sociedad que ceba, al modo de Renan, el delirio compartido de sus antepasados, además de sobreestimarse muchísimo en su papel de indicador de la coherencia de una sociedad, no solo es a la postre fútil (el mensaje medular de “¿Fin de oficio” de Kipling), sino que resulta a menudo positivamente peligrosa? ¿Y si en lugar de ser heraldo del final del sentido, la justa medida de olvido comunitario es la condición *sine qua non* de una

30 El fenómeno del surgimiento de la insurgencia lo explica Moncayo con las siguientes palabras: Otra es la visión, en cierta forma implícita, de quienes han desplegado un abordaje del conflicto a partir de una dimensión específica del mismo, como la injerencia de los Estados Unidos de América en el proceso contrainsurgente, o la cuestión agraria en su relación con el desarrollo capitalista, o las condiciones de injusticia y desigualdad atribuibles al incumplimiento de los deberes sociales del Estado que legitima el derecho a la rebelión, miradas que, en últimas, remiten a la vigencia de la organización social capitalista controvertida por las prácticas subversivas. (Moncayo, 2015, p. 113). Y más adelante agrega: Fue en este sentido que Fals Borda estimó que la palabra subversión se entiende sólo como una manera de referirse a los actos que van en contra de la sociedad y que, por lo tanto, son por así decirlo inmorales. Pero, como él mismo lo advierte: Una vez que se estudian las evidencias y se analizan los hechos aparece la dimensión de la subversión que ignoran los mayores y los maestros, que omiten los diccionarios de la lengua y que hace enmudecer a los gobernantes: se descubre así cómo muchos subversores no pretenden “destruir la sociedad” porque sí, como un acto ciego y soberbio, sino más bien reconstruirla según novedosas ideas y siguiendo determinados ideales o “utopías” que no acoge la tradición. (Moncayo, 2015, pp. 115-116).

31 Moncayo explica este fenómeno en los siguientes términos: En todas las sociedades contemporáneas, incluida la colombiana, existen rasgos análogos o similares a los que pueden describirse entre nosotros y, por consiguiente, sus relaciones son contradictorias, es decir conflictivas. Esta realidad supone una resistencia que se expresa bajo formas distintas: La “normal”, “pacífica” o “civilizada”, promovida, acogida, permitida o tolerada por el Estado, para que se obre conforme a las reglas del sistema; o la que rompe la “normalidad”, negándose a las institucionales de canalización, que puede incluso desconocer el calificado como monopolio estatal legítimo de la fuerza, asumiendo como igualmente legítima la utilización de la violencia. (Moncayo, 2015, p. 116).

sociedad pacífica y decente, y en cambio el recuerdo es el empeño política, social y moralmente arriesgado? O, para enunciarlo de un modo un poco distinto, ¿y si el pasado no puede ofrecer un sentido satisfactorio, a pesar de lo generosa e incluyente que pueda ser su interpretación, como en la prescripción de Timothy Garton Ash? En suma, ¿y si el sacrificio social y humano, al menos en algunos lugares y en algunas ocasiones históricas, que implica el imperativo moral de recordar es demasiado aflictivo para que merezca la pena soportarlo? (Rieff, 2016, p. 77).

Además de lo anterior, es muy difícil entender que en ciertas sociedades rapsódicas como la colombiana no exista consensos sociales; en similar sentido, se puede entender el caso de Irlanda del Norte, ya que es posible que la justicia se avizore en el horizonte, pero la misma sigue estando muy lejana y es necesario trabajarla y bruñirla con paciencia. Pero, más allá de la propaganda oficial de la memoria ¿qué sucede con las víctimas? En Irlanda del Norte, por ejemplo, los vencedores fueron los terroristas, no existió en ese país una idea de verdad, justicia y reparación, nunca se supo nada de los desaparecidos. Si se revisa por ejemplo Sudáfrica, en este Estado, sí se garantizó la verdad; es así como, por ejemplo, Mandela sacrificó la justicia por la paz; algo similar está sucediendo en Colombia. Entonces, la memoria es relativa, es mejor seleccionar casi que taxonómicamente qué se recuerda y qué se olvida.

Ahora bien, es claro que en diez mil años nadie se acordará de lo que hoy insistimos en recordar, pensar que la memoria es indeleble es excesivamente prepotente, es casi que desconocer la evolución misma de la humanidad.

Otro de los intrínquilis en lo que concierne al recuerdo, es la denominada “memoria colectiva”, que en párrafos pasados, vimos cómo una de sus asimilaciones se puede dar con la memoria popular, ésta, con sus imaginarios y metáforas es tan efímera como el viento. La memoria es esencialmente individual –subjetiva; es además débil, se difumina.

El recuerdo y el olvido desde el punto de vista colectivo también son metafóricos salvo que sean profundos por ciertas afectaciones en la psique, al igual que la memoria, pero puede ser más sano olvidar. Por ejemplo: ¿Si en doscientos años israelitas y palestinos logran convivir será sano recordar? ¿No será mejor seguir adelante para que las generaciones futuras no sigan cultivando el odio? Muchas veces el problema de la memoria tiene que ver con los vencedores y los perdedores. El monumento a un líder carismático para muchos puede ser el homenaje a un héroe, mientras que para otros se constituiría en la exaltación del horror o la tiranía. Así, la memoria es tan maleable como maniquea, mientras que el olvido no es la reivindicación de nadie, sino más bien el derecho subjetivo –casi que profundamente existencial-, a no recordar. David Rieff argumenta lo siguiente:

Sir Nicholas Winston viajó a Praga justo antes de la Segunda Guerra Mundial y logró rescatar a 669 colegas judíos y llevarlos a salvo con él de vuelta a Gran Bretaña. Un poco antes de morir, en julio de 2015, a los 106 años, le concedió una entrevista a Stephen Sackur, de la BBC. Sackur le preguntó a Winston qué lecciones había aprendido del pasado. A juzgar por la sorpresa que reflejó su mirada, es probable que Sackur no esperara la respuesta que recibió. Winston fue categórico: “¿De qué nos sirve fijarnos en el pasado? ¿Quién ha aprendido algo fijándose en el pasado?”. Merece la pena hacerse esa pregunta de Winton, así como la del historiador francés March Bloch, cofundador de la Escuela de los Annales, que concluyó su elocuente reseña de la *memoria colectiva* comentando que Maurice Halbwachs “nos obliga a reflexionar sobre las condiciones del desarrollo histórico de la humanidad; en efecto, ¿qué aspecto tendría este desarrollo sin la memoria colectiva?”. (Rieff, 2016, p76).

En tal sentido, no puede entenderse este escrito como una oda al olvido o el detrimento de la memoria, más bien, se trata de reflexionar qué es adecuado recordar y qué es mejor dejar en el olvido, es pues un proceso de escogencia, no de exclusión, como lo dice el título de este capítulo, es ver a la memoria y al olvido como dos caras de una misma moneda. Con cara y sello, al arrojarse la moneda, cualquiera de las dos opciones es válida.

5. Olvido y conflicto

El conflicto que emerge en sociedades conflictivas no tiene una sola explicación plausible³², es por ello que la memoria recuerda parcialmente a los vencedores e invisibiliza a los derrotados. Este no es un problema contra la historia, ni siquiera en detrimento de la misma, es un asunto simplemente taxonómico y tiene que ver con aquello que se recuerda y aquello que es menester olvidar. El olvido parte del derecho de las víctimas a no rememorar el dolor. En este sentido dice Canto que: [...] no existe, y muy probablemente nunca existirá, pastilla alguna capaz de curar el mal subjetivo que deja tras de sí una guerra, aún menos, el malestar social. (Canto, 2017, p.160).

La memoria es muy patriótica y chauvinista, tiene mucho que ver con el romanticismo de los acontecimientos pasados, la historia debería ser un poco más crítica y menos nostálgica, en tal sentido, no se trata de condenar total-

32 En lo pertinente a Colombia, Moncayo, por ejemplo, sostiene lo siguiente: Una orientación relativamente diferente elude referirse de manera expresa a la problemática sistema/actores, pero en cierta forma se inclina también por la teoría de la acción de los agentes o sujetos, al plantear que nuestras violencias, si bien están conectadas orgánicamente y muestran continuidades, son diferentes en sus protagonistas, motivaciones y lógicas subyacentes. En consecuencia, otorga preferencia a los factores subjetivos inmediatamente relevantes para explicar el origen y la persistencia de la violencia. (Moncayo, 2015, p. 113).

mente la memoria, simplemente de saber seleccionarla, la memoria no es en sentido kantiano *un imperativo categórico*. Al respecto se puede decir que:

Sin embargo, aseverar que la memoria colectiva es un constructo social poco o nada nos dice del carácter moral de dicha rememoración. La prueba de ello, como ha señalado Le Goff, es que incluso en la presente era dorada de la memoria colectiva, las conmemoraciones del pasado nunca han sido tan comunes como en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini (se podría añadir la Rusia de Lenin y Stalin y la China de Mao). E indudablemente, si la tesis de Halwachs descrita por Coser es correcta, y la memoria precisa de “alimentación continua de fuentes colectivas y se sostiene con atrezos sociales y morales”, entonces la moralidad de dichas fuentes está contaminada, y los recuerdos creados o cristalizados serán asimismo ponzoñosos. (Rieff, 2016, p. 39).

Es necesario mirar la memoria desde una perspectiva utilitaria –si se quiere-, algunas veces será mejor recordar mientras que en otros momentos es menester dejar de lado el recuerdo. Algunos de los acontecimientos más espantosos de la historia –incluso la reciente- se erigieron a partir de la remembranza y de la memoria, tienen sus hitos fundacionales en hechos antiquísimos; por ejemplo, el caso del genocidio serbio-bosnio en el cual algunos de sus áulicos todavía hacían retrospectiva al año de 1453, esto es, la caída de Constantinopla, como un hecho de vigencia histórica para justificar las masacres y los horrores que se dieron en la perpetuación de esos crímenes de lesa humanidad.

Masada como acontecimiento antiguo sigue siendo recordado por los judíos, este asedio romano es a veces utilizado como herramienta y estrategia política, paradójicamente, para cometer actos similares. Particularmente; en el caso del ideario sionista, para justificar acciones demenciales como aquellas que se perpetrúan contra los palestinos.

En Colombia, se vivió y se recuerda permanentemente el odio. Por ejemplo, la época de los años cincuenta del siglo pasado conocida como *la violencia*, que fue vivida en las tensiones entre liberales y conservadores o violencia bipartidista; y esto se está rememorando de forma permanente, entre otras cosas porque todavía se vive; en dicho contexto es más difícil olvidar. Estos recuerdos algún día se difuminarán, nadie los recordará, pero mientras persistan, la memoria se constituye en dañina y enquistada odios presentes y futuros. Después, también en Colombia, se vivió la violencia entre guerrillas y paramilitares-Estado, en cualquier caso, el recuerdo es doloroso y las víctimas requieren tener un derecho al olvido.

Acerca de las explicaciones que subyacen a la violencia producto del conflicto armado, Moncayo manifiesta que:

En contraste, otra tendencia genealógica o causal del conflicto, desestima explícitamente la significación sistémica de la insurgencia en sus múltiples manifestaciones, incluidas las violentas, para optar por la identificación de elementos o circunstancias causales con relativa independencia, con un alto grado de autonomía, que obran separada o conjuntamente, atribuibles a comportamientos voluntarios y deliberados de sujetos individuales o grupales, movidos por intereses de todo orden, no necesariamente ligados a propósitos colectivos o societarios. (Moncayo, 2015, p. 112).

Precisando la diferenciación necesaria que debe hacerse responsablemente en un contexto social, político e histórico, Moncayo nos hace una invitación a seguir el curso dialectico de los acontecimientos y a no incurrir en regularidades, linealidades o a matematizar sucesos, escenarios, fenómenos, etc., toda vez que la sociedad es entrópica, compleja, rapsódica y por ende escapa a perspectivas simplistas; en tal sentido, plantea:

“Es la posición planteada por Pécaut en términos explícitos: la tesis habitual de atribuir el “origen” o las “causas” al “contexto” o las “estructuras” como una determinación directa, deja de lado la importancia de los actores sociales que interpretan y transforman con su intervención ese contexto o esas estructuras. Las causas son múltiples y, además, en un periodo de larga duración como el colombiano, lo que es causa en un momento, deviene consecuencia en otro; y una vez que los fenómenos se generalizan conforman un contexto. En fin, tratándose de organizaciones que buscan objetivos por medio de las armas, referirse únicamente a la situación objetiva es insuficiente, pues es preciso tener en cuenta sus interacciones. Por lo mismo, no se pueden plantear continuidades según el contexto o los actores, pues son cambiantes, ni los movimientos políticos se pueden asimilar a los movimientos sociales, pues entre ellos hay tensiones y diferencias. En síntesis, no puede ofrecerse una interpretación indiscutible sobre el conflicto armado, más aún cuando está en curso”. (Moncayo, 2015, p. 112).

Así las cosas, ¿podría reivindicarse un derecho al olvido? El discurso de los derechos humanos está basado en el maniqueísmo de lo bueno; por ejemplo, en Bosnia hoy día existe la paz, pero no la justicia, los procesos que ha tramitado la Corte Penal Internacional son mínimos. En Colombia se está en un camino de paz, pero todavía no existe justicia y se está muy lejos de la misma; en tal sentido, hablar del olvido como derecho es necesario socialmente, pero olvidar es en sí es un aspecto psicológico, íntimo y subjetivo. Kancyper citando a Augé, refiriéndose al olvido dice: “que es necesario; tiene un papel muy activo. Porque lo que se olvida va dibujando las formas de lo que se olvida. Es

como un trabajo de escultura. Lo que queda no es un recuerdo, simplemente, sino un recuerdo trabajado por el olvido” (Kancyper, 2014, p. 171).

No existe algo como un olvido desde un panóptico ideológico, porque entonces sería reducir el mismo a una idea similar a la de memoria, es decir, a la memoria publicitaria y esnobista. Jaspers dice que no se puede hablar de culpa colectiva pero sí de responsabilidad colectiva y teniendo en cuenta ello, es necesario hacer memoria y será necesario hacerlo, pero con el olvido no sucede lo mismo, no se puede publicitar el olvido, es un acto tan íntimo como profundamente privado, es ontológico.

David Rieff dice que sin olvido seríamos inconsolables y el olvido es una manera de matar a los mitos y a los ídolos, los mismos que se erigen alrededor de la denominada “memoria colectiva”, esta manera de recordar socialmente se suele construir con héroes y es muy poco lo que se gana. Por el contrario, el olvido es necesario para poder vivir en sosiego.

En la famosísima serie de Netflix, Black Mirror, en un contexto futurista bastante desalentador en lo pertinente al papel de la tecnología, aparecen algunos capítulos en los cuales los recuerdos vía chip atormentan hasta la náusea, sólo se puede encontrar paz en el olvido. Rieff sostiene que:

Como señaló el gran historiador francés Jacques Le Goff, puesto que “la memoria solo busca rescatar el pasado para servir al presente y al futuro”, apenas sorprende que los ejercicios colectivos de rememoración histórica se parezcan mucho más al mito, por un lado, y a la propaganda política, por el otro, que a la historia, al menos a la historia entendida como disciplina académica: la índole de historia que cuando se hace con propiedad siempre es crítica, y cuyas reflexiones, aunque de cuando en cuando puedan considerarse útiles para la sociedad en su conjunto, no pretenden ser instructivas. A diferencia de la rememoración histórica, tenida en general por valiosa en la medida en que presta un servicio a la sociedad. (Rieff, 2016, p. 37).

El autor norteamericano en referencia hace una oda al olvido, entendiendo la fragilidad del pasado, pues de alguna forma éste, no es otra cosa sino la rememoración de la egolatría, la elitización la discriminación y el alarde del lujo. Es por ello que los *mass media* de hoy, no suelen recordar la cotidianidad e idiosincrasia de los pueblos; por el contrario, la gran pantalla se dedica a “hacer memoria” de los grandes imperios, de los flamantes reinados e historias de amantes en una suerte de novela rosa del pasado que invisibiliza las verdaderas fuerzas sociales que movilizaron la sociedad. Con razón el dramaturgo alemán Bertolt Brecht, con gran ironía, manifestaría en su momento que seguro Julio Cesar en su admirable campaña de las Galias, necesitó por lo menos un cocinero, siendo sarcástico respecto al papel de los grandes héroes históricos

como sujetos que cambiaron el curso de los acontecimientos de forma solip-sista, cuando en realidad los desbarajustes y revoluciones tienen un carácter colectivo, de allí que Rieff sostenga lo siguiente:

David Cannadine, historiador del imperio británico, en un fascinante y breve artículo titulado “Where Satatues Go to Die”, ilustró cuán frágiles y eventuales son hasta los más grandiosos emblemas imperiales del pasado al narrar cómo, en el viaje que hizo a India en 2003, se había encontrado con el deshonoroso destino de los monumentos coloniales. Fue llevado a un amplio terreno de las afueras de Nueva Delhi donde, en la época colonial, los virreyes británicos celebraban sus más importantes durbars, sus solemnes ceremonias imperiales. Lo que Cannadine halló fue “un solar abandonado, cubierto de maleza y recóndito” que transmitía el mensaje de que el poder terrenal es transitorio y el dominio imperial, efímero. (Rieff, 2016, p. 69).

La historia no la podemos edificar como una apología intelectual que sostiene nuestros egos académicos, ésta, por el contrario, tiene una labor pedagógica inconmensurable, toda vez que su pretensión primordial es servir de faro al presente y al futuro. En tal sentido, la historia más allá de la valiosa museología y arqueología de saberes y objetos, es la deconstrucción de experiencias que sirven a los episodios sociales, políticos y culturales contemporáneos. Sin embargo, así como los seres humanos necesitan descanso eterno para no doblegarse con una inmortalidad agobiante, la historia requiere que sus hitos no se agoten infinitamente y que no se caiga en una recordación sempiterna. En este caso, el olvido es fundamental porque obra como nacimiento, dejar morir una memoria colectiva desgastante, permite que se construya y se oxigenen nuevas realidades. Al respecto Rieff sostiene:

Acaso sirva de consuelo si podemos creer, a la vez que reconocemos que la historia no tiene sentido intrínseco, que aún alberga otro tipo de significado, el cual se deriva cómo los seres humanos ordenan su experiencia de ella y sus aspiraciones sobre la manera en que podría ordenarse mejor en el presente y el futuro, infundiéndole significado y, por supuesto, así legarlo a la posteridad. Sin embargo, ¿cómo conciliar la realidad de que incluso dichos sentidos contruidos son perecederos y aceptar el hecho de que tarde o temprano la importancia del pasado se desvanecerá hasta perderse definitivamente? Porque en este punto la cesación de la memoria personal que denominamos muerte y la cesación de la memoria social que llamamos olvido son dos caras de la misma moneda. (Rieff, 2016, p. 23).

La imaginación, tipo por ejemplo novela histórica, lleva a hilarantes construcciones mitológicas o futuroológicas de realidades paralelas, de mundos

virtuales y extraterrestres en los cuales Hollywood nos ha enseñado que la reconstrucción ficticia de la historia lleva a soñar. Sin embargo, esas dimensiones virtuales o imaginadas fantasiosamente del mundo, también permiten decir que los mundos paralelos o virtuales ya no son tan ideales o míticos, lo cual permite aseverar que si la imaginación “histórica” se agota o por lo menos pierde fuerza, es cierto también que ésta como disciplina requiere permanentemente evolucionar en acontecimientos necesarios y no quedarse anquilosada en vetustos referentes del sin sentido histórico o bagatelas rememorativas que conducen a la nada. “En general el alcance histórico de la imaginación, sea prospectiva o retrospectivamente, incluso en la literatura de anticipación, es limitado. Y si la literatura de la imaginación tiene fecha de caducidad, asimismo la memoria histórica”. (Rieff, 2016, p. 25).

La historia es un fenómeno que reconstruyen los vencedores, de allí que tenga un fin publicitario fundamental; los monumentos, las estatuas, etc., son un entramado performativo que a manera de recuerdo, simboliza la apabullante victoria de un régimen, un partido, una ideología, un líder, etc., que en una tremenda apología ególatra, recuerda mediante la sofisticación, el encanto y el lujo arquitectónico y escultórico, quiénes son los vencedores. En tal sentido se entiende que:

Después de todo, cuando una guerra termina con la apabullante victoria de un bando, como fue efectivamente el caso, la victoria confiere el poder unilateral para conformar la memoria colectiva del conflicto; un poder que los vencedores casi siempre ejercen, como hicieron los ocupantes estadounidenses, británicos, franceses y rusos en la Alemania posterior a la Segunda Guerra Mundial y como hizo el Frente Patriótico dirigido por los tutsis en Ruanda tras el genocidio cometido en el país. Históricamente, solo cuando no hay un claro vencedor ambos bandos son capaces de mantener sus propias memorias incompatibles. Un ejemplo de ello es la Bosnia-Herzegovina que sobrevino después de que, en 1995, los Acuerdos de Paz de Dayton pusiera fin a la guerra. (Rieff, 2016, p. 27).

Así las cosas, la memoria y el olvido son dos caras de una misma moneda, diríamos que la memoria es el recuerdo permanente del triunfo de unos y la derrota de otros, es la necesaria recordación que entraña el heroísmo, pero también el dolor, es la posibilidad de conocer la verdad y obtener justicia, pero también la re-victimización constante de lo sufrido.

6. Conclusiones

La memoria puede tener un papel preponderante desde la perspectiva político-gubernamental en una sociedad determinada, que puede estar bien

direccionada o, por el contrario, ser una herramienta más de marketing político. En el presente escrito no se partió de un sesgo excesiva y peligrosamente elogioso de los conceptos de memoria y olvido, lo que se trató de mostrar es que la aplicación de un concepto u otro en una sociedad dada, depende de la idiosincrasia y nivel de aceptación de sus ciudadanos, así mismo, de la tolerancia como valor fundamental en una reconstrucción del pasado, y, la necesidad de ser responsable frente a los conceptos en el manejo de una idea u otra.

La gran publicidad que se ha hecho al concepto sobre “memoria histórica” no nos ha permitido hacer reflexiones más profundas sobre la necesidad del olvido. El presente capítulo busca servir de punto de partida, teniendo en cuenta las tesis de Rieff, pero con mayor aplicación al contexto *sui-generis* colombiano, de la necesidad de entender que en la historia no solamente existe “la memoria” sino también precisamente el *olvido* como una reivindicación fundamental para poder seguir adelante; la reflexión entonces es que la sociedad necesita recordar, para ella es vital el ejercicio de la memoria, pero es posible que para el sujeto sea humanamente y existencialmente plausible el olvido, sobre todo para aquellos que han oficiado como víctimas en contextos de conflictos armados.

Si revisamos la historia, pareciera que la memoria histórica no ha sido remedio suficiente para mejorar de cara al futuro. La *Shoá* no persuadió para los horrores posteriores, lo cual se pudo visualizar con mucha claridad en el genocidio de Ruanda, en la limpieza étnica de los Balcanes o en los crímenes colombianos de finales de los noventas y comienzos del siglo que transcurre a manos de guerrillas y paramilitares –que todavía ocurren. Así las cosas, más allá de “memoria histórica colectiva”, lo que existe es “memoria individual”; el ejercicio de recordar es más subjetivo, de hecho, la nueva generación es muy poco lo que conoce de historia y no parece vivir tan mal, está menos poseída por el odio. En la actualidad del acuerdo de paz en Colombia, se reivindican la verdad, la justicia y la reparación, no obstante, estas prerrogativas requieren mayor paz y justicia, la verdad es importante, claro, para las víctimas –quienes a su vez deciden o no perdonar-, pero para algunos sectores políticos extremistas, es más bien una herramienta del rencor y la venganza, ello es peligroso porque puede reproducir el conflicto. Por supuesto, cuando la memoria histórica puede ser una herramienta de reconciliación, no debería pasarse de soslayo, sin embargo, esa es una decisión social (colectiva si se quiere) y, no debe mezclarse con la decisión propia de un sujeto de decidir autónomamente, es decir, de asumir el olvido o la memoria como una opción, más no como una imposición oficial, política o partidista. Puede que la “memoria histórica” sea una decisión estatal, pero no puede constituirse en una camisa de fuerza, porque su publicitado recurso al recuerdo se constituye en biopolítico de cara a un sujeto que simplemente quiere olvidar.

7. Conclusión

Con la presente investigación y el capítulo al cual tiene disposición el lector, se busca dar continuidad a la discusión y reflexión planteada en estas páginas en relación a la “memoria y el olvido”. Así mismo, contribuir al papel del empoderamiento de las víctimas del conflicto armado, para el caso puntual, de la lucha intestina colombiana que ha dejado un saldo de más de ocho millones de víctimas y que no obstante al denominado “Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto Armado”, dicha disputa persiste. Por eso, las serendipias, reflexiones y demás aportes en perspectiva crítica, son fundamentales para un proceso que requiere ser defendido y revitalizado. En virtud a ello, las personas que hacemos parte de la academia tenemos la responsabilidad de analizar diversidad de temas que atañen a sociedades entrópicas como lo es la colombiana.

Bibliografía

- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona, España: Lumen.
- Arendt, H. (2008). *La promesa de la política*. Barcelona, España: Paidós.
- Assman, J. (1998). *Memoria Colectiva e identidad cultural*. Alemania: Suhrkamp.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Paris, Francia: Gedisa.
- Bobbio, N. (1991). *El tiempo de los derechos*. Madrid, España: Sistema.
- Bordieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bustos, G. (2010). La irrupción del testimonio en América Latina: intersecciones entre historia y memoria. Presentación del dossier “Memoria, historia y testimonio en América Latina.” Presentación del dossier “Memoria, historia y testimonio en América Latina” *Revista Historia Crítica*, No. 40, 10-19. Recuperado de: <file:///C:/Users/FAMILIA/Documents/Documentos%20Articulo%20Guar%C3%ADn/la%20irrupci%C3%B3n%20del%20testimonio%20en%20C3%A1merica%20Latina.pdf>
- Castro, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Comisión Histórica Del Conflicto Y Sus Víctimas. (2015). Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.
- Crocco, N.P. (2017). Memoria y modos de representar los juicios contra genocidas en Argentina. Un concepto para abordar la prensa escrita. *Revista Jangwa Pana*, 16(2), 282-291.
- De Sousa, B. (2009). *Sociología Jurídica*. Crítica. Bogotá, Colombia: ILSA.
- Freire, P. (2007). *Pedagogía de la esperanza*. Madrid, España: Siglo XXI Editores.
- Gamboia, S. (2014), *La guerra y la paz*. Bogotá, Colombia: Debate.
- García, M (2001). *Sociología Jurídica. Teoría y sociología del derecho en Estados Unidos*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Gonnet, J.P. & Abril, F. (2018). El concepto de capitalismo en la perspectiva pragmática de Boltanski y Chiapello. *Revista de sociología*, 33(94), 9-39. Recuperado de: <https://biblioproxy.umanizales.edu.co:2081/ehost/pdfviewer/pdfviewer?vid=8&sid=8721f83b-940a-4f39-95f4-f3189821056d%40sessionmgr4007>
- González, M.P & Pages (2004). Historia, memoria y enseñanza de la historia: conceptos, debates y perspectivas europeas y latinoamericanas. *Revista historia y memoria*. 9, 275-311. Recuperado de: <file:///C:/Users/FAMILIA/Documents/Histoia%20y%20memoria.pdf>
- Held, D. (1997). *La democracia y el orden global*. (S. Mazzuca, Trad.). Barcelona, España: Paidós.
- Husserl, E. (2002). *Renovación del hombre y de la cultura*. Barcelona, España: Anthropos.

- Kancyper, L. Memoria e historia: acerca de la memoria del dolor y la memoria del rencor. En Beatriz Gu-revich (ed.), *La complejidad después de Babel. Diásporas, culturas, transnacionalización*, Lumiere, Buenos Aires, 2013.
Recuperado de: <file:///C:/Users/VPCEG20EL/Downloads/Dialnet-MemoriaEHistoria-4968957.pdf>
- Krotz, E. (2014). *Antropología Jurídica: perspectivas socioculturales en el estudio del derecho*: Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Levi, P (1999). *Los hundidos y los salvados*. Barcelona, España: Muchnik. Madrid: Arrecife-UAM.
- Moncayo, V.M. (2015). *Hacia la verdad del conflicto: insurgencia guerrillera y orden social vigente. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia* (pp. 107-196). Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.
- Mendoza, J. (2016). Lenguaje y silencio como materiales de la memoria colectiva y el olvido social. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e investigación Social*. 1-26.
- Revilla, M, D.& Sánchez, M. (2018). “Conciencia histórica y memoria colectiva: marcos de análisis para la educación histórica”. *Revista de Estudios Sociales*, 65, 113-125.
Recuperado: <https://doi.org/10.7440/res65.2018.10>
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires Argentina: Fondo de cultura económica.
- Rieff, D. (2012). *Contra la memoria*. Barcelona, España: Random House Mondadori S.A.
- Rieff, D. (2017). *Elogio del olvido*. Bogotá, Colombia: Debate.
- Sartre, J. (1947). *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires, Argentina: Sur.
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, España: Anagrama.
- Suárez, J. (2014). El envés de la historia. Memoria, exilio, holocausto. *Revista de Filosofía*, 39, 1, 47-71.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Torres, C. (2017). *Hacer historia desde abajo y desde el sur*. Bogotá, Colombia: Ediciones desde abajo.
- Wacquant, L. (2010). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Zaccagnini, J. L. (1985). “Modelos de Mundo” como marco de referencia de una psicología del conocimiento. *Estudios de Psicología*, 22, 19-32